

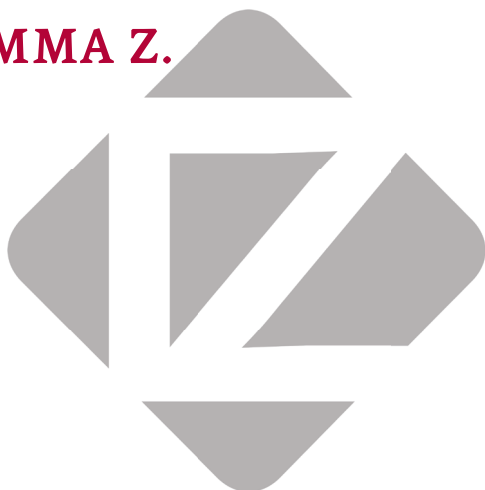
Te invitamos a leer
las primeras páginas de este libro,
y las de todo nuestro catálogo.

Pero si te gusta leer en papel,
acá podés conseguir tu ejemplar.

COMPRAR LIBRO

Ariel Magnus

**CONTINUIDAD
DE EMMA Z.**



INTERZONA

INTERZONA

Magnus, Ariel

Continuidad de Emma Z. / Ariel Magnus. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Interzona Editora, 2024.

160 p. ; 21 x 13 cm. - (Zona de ficciones)

ISBN 978-987-790-096-5

1. Literatura. 2. Narrativa. 3. Narrativa Argentina. I. Título.
CDD A860

© Ariel Magnus, 2024

© interZona editora, 2024

Pasaje Rivarola 115

(1015) Buenos Aires, Argentina

www.interzonaeditora.com

info@interzonaeditora.com

Diseño de maqueta: Gustavo J. Ibarra

Edición integral: Natalia Brega

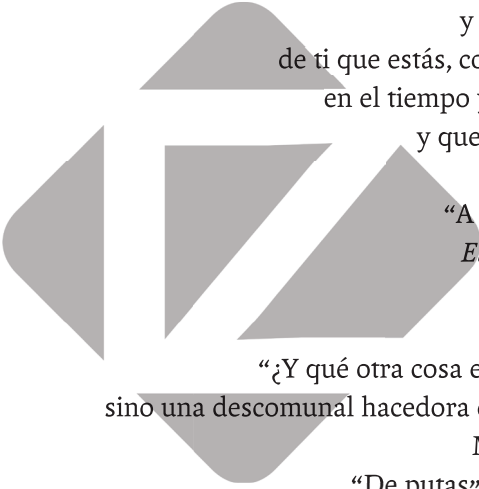
Texto de contratapa: Martín Kohan

ISBN 978-987-790-096-5

Libro de edición argentina.

Impreso en la Argentina. *Printed in Argentina*

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor y herederos. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.



“A veces he sentido remordimiento
y otras envidia,
de ti que estás, como nosotros,
en el tiempo y su laberinto
y que no lo sabes”.

J. L. BORGES

“A una moneda”
El otro, el mismo

“¿Y qué otra cosa es *Emma Zunz*,
sino una descomunal hacedora de ficciones?”

MARTÍN KOHAN

“De putas”, *Revista Mora*
(el subrayado es mío)



BORGES
– 1986 –

Tuve el injusto privilegio de conocer a Jorge Luis Borges pocos meses antes de su muerte. Digo que fue injusto porque en ese momento su nombre me era casi desconocido, por lo que asumo que una persona más enterada habría aprovechado mucho mejor la cercanía de una figura de ramaña trascendencia. Luego supe que si Borges había elegido recluirse en Ginebra fue precisamente para evitar el asedio de los curiosos, de modo que tampoco es seguro que hubiese logrado una mayor intimidad si cometía la imprudencia de enseguida pedirle que me firmara un libro suyo. Como sea, y a pesar de mi ignorancia, el paciente Borges logró captar mi interés desde la primera consulta, prerrogativa que se halla reservada solo a las grandes personalidades, aquellas que sobresalen casi involuntariamente incluso en el más estricto anonimato. Por eso no me causó sorpresa, aunque sí una infinita vergüenza, enterarme más tarde, demasiado tarde tal vez, que había tenido en tratamiento y visto morir a uno de los mejores escritores que ha conocido el mundo, o acaso debería decir *los mundos*.

El lugar de nuestros encuentros, o de mis obligadas intervenciones, porque él hubiera preferido estar solo, o en todo caso reunirse con otra clase de gente, los médicos no parecíamos gozar de su simpatía ni aun de su interés, a juzgar también por el hecho de que nunca aparecen en sus relatos; el escenario de nuestras consultas fue siempre su habitación del Hotel L'arbalete o su departamento del segundo piso en el número 28 de la Grand Rue, allí donde la calle, que hacia el otro lado desemboca en el único

puente que cruza hacia la única isla de Ginebra, se angosta y eleva. “Es mi Gólgota personal”, recuerdo que me dijo una vez, aunque no era de quejarse. Tampoco era de cumplir con las indicaciones, me apresuro a dejar asentado, pues consideraba, como me explicó un día, que hacerle caso a un médico era entorpecer el avance de la ciencia, puesto que a su juicio esta solo progresaba merced a los descuidos y a las rebeldías.

–Pero no de los pacientes –intercedí–, sino de los investigadores.

–¿Y cuál es la diferencia, doctor? –levantó los ojos, como quien ve–. Ambos somos parte del mismo experimento llamado medicina, ese consorcio temible entre la anatomía y la nigromancia.

Había elegido pasar en esos ambientes sus últimos momentos, primero en el hotel y luego en el departamento, porque decía que en las *Iglesias de la orden de Asclepio*, como definía él a las instituciones médicas, lo distraía la ilusión de que lo pudieran sanar. Tampoco de mí esperaba más que las atenciones mínimas, ya que no le temía tanto al dolor físico como a la posibilidad de perderse la experiencia fundamental de la desesperanza última, como le oí llamar a la muerte, en el sentido de denominarla y creo que también en el de convocarla. “Sería lamentable que yo, que a pesar de mis muchos años no podría decir que he tenido mucha vida, también me vea sustraído por los sedantes y las anestésias de vivenciar mi muerte”. Le daba curiosidad, aseguraba, ser testigo de un evento intransmisible, algo que por una vez no pudiera terminar en un libro. (Un libro propio, se sobreentiende.)

Hablaba de estas cosas, y de otras más coyunturales, alternando entre todos los idiomas de nuestro país, incluido el retorrománico. Este notable poliglotismo, poco común hasta entre mis compatriotas, se veía potenciado por el matiz no menos prodigioso de que a cada idioma Borges le imprimía un acento distinto. No la tonada uniforme que podía esperarse de un extranjero que provenía de un país determinado, en este caso Argentina, aunque a su juicio ese era menos un país que una cuestión de fe (tesis poco alentadora,

viniendo de un agnóstico), sino el acento de un alemán cuando hablaba francés, el de un francés cuando hablaba italiano, el de un italiano cuando hablaba retorrománico... Tardé un par de visitas en entender este círculo y en descubrir que Borges lo creaba adrede, como a tantos otros en sus libros, aunque a esos yo los descubriría mucho más tarde aún.

Para justificar su divertimento, el día en que al fin me animé a comentárselo, me explicó que durante mucho tiempo él se había esforzado por hablar los idiomas con la tonada que se suponía le eran propios, hasta que entendió, por un lado, que su nulo oído musical le impediría lograrlo jamás, y, por el otro, que un idioma no se forma con relación a un sitio, sino en relación a los otros idiomas. “Así como el español no tiene por qué rendirle cuentas a Madrid –ni el madrileño parece sentirse obligado a rendírselas al español en general–, tampoco el francés tiene por qué reportar a París ni aun a Francia, mucho menos acá en Ginebra, ¿no le parece?”, me dijo. Consideraba que todas las naciones debían tener, como la mía, al menos cuatro idiomas oficiales, ya que era la forma más elegante de no reconocer ninguno. “Del mismo modo podríamos juzgar a la poligamia como una variante democrática de la soltería, aunque me temo que la ecuación no sea reversible. Por eso cuando a mí me preguntaban mi estado civil, solía replicar que era un polígamo invertido, lo cual tenía la desventaja de dar lugar a confusiones, pero la ventaja de dar lugar a más de una”. A esta promiscuidad lingüística, y a nuestra encerrada ubicación geográfica, le debíamos los suizos el haber quedado al margen de tantas guerras, que según Borges llegaban casi siempre por incompreensión o por mar.

–Queda por discutir, con todo, si eso fue o no una ventaja para ustedes los suizos, porque lo cierto es que la guerra acuña a los pueblos.

–Quizá por eso nosotros nunca llegamos a ser uno verdaderamente.

—Tengo para mí que lo son, pero por efecto de las guerras que sufrieron en derredor. En ese sentido puede aseverarse que Suiza está efectivamente rodeada de mar. Un mar de sangre.

Todas estas sentencias no las pronunciaba para mí, o no solo para mí, sino más bien para su esposa, que al principio tomé por su hija, supuse que adoptada. A la notoria diferencia de edad, que podía expandirse incluso a dos generaciones (si él hubiera tenido una hija a los 19 años, que a su vez hubiera tenido una hija a esa misma edad, la mujer de cuarenta que ahora lo acompañaba perfectamente podría haber sido su nieta, y hasta le sobraban los años suficientes como para tener una hermana mayor); al anacronismo biológico se sumaban, por el lado de ella, los rasgos orientales, que le conferían a su rostro un aire juvenil, incluso de estudiante universitaria, y por el lado de él, las marcas irreversibles del cáncer, que añejaban aún más, si cabe, un semblante ya efusivamente octogenario. Tampoco en el trato que se dispensaban públicamente se habría podido adivinar si el vínculo que los unía era de tipo sanguíneo o del otro, tal vez porque a cierta altura de la vida, o de una dolencia, ya nada distingue a estos lazos entre sí.

Su joven compañera, de quien este descendiente bastardo del Dr. Samuel Johnson seguramente esperaba que se convirtiera luego en su James Boswell, privilegio que, no obstante, terminó recayendo en su colega y amigo Adolfo Bioy Casares, si no acaso como él hubiese querido, sin dudas con mayor interés y encanto; la joven Ulrica, como la llamaba él, le hacía de lectora y amanuense, pero difícilmente pueda decirse que *era sus ojos*, como he leído que con tanta facilidad se repite por ahí. Muy por el contrario, era Borges quien debía suplir con su memoria las distracciones de ella, que era capaz de perder los anteojos sobre su propia nariz. Resultaba francamente gracioso verlo al ciego guiando desde su cama a su Lazarillo hacia el aro faltante o hacia un libro en la biblioteca, siempre con la precisión de una torre de control que imparte las coordenadas de aterrizaje a una aeronave perdida en la niebla.

Pero a Borges esta habilidad le resultaba todo menos graciosa, o aun agraciada. Lejos de disfrutar de las ventajas que trae consigo una buena memoria, y como persona favorecida por ese don puedo dar fe que son muchas, aunque admito que en mi caso no alcanzó nunca el nivel de desarrollo que presentaba la de Borges, solo menor a la de su personaje Funes, el funesto Funes; lejos de gozar de esta prerrogativa, Borges la tenía poco menos que por una enfermedad congénita e incurable. “La memoria es el peor descubrimiento que ha hecho el hombre, más allá de la verticalidad”, me dijo una vez. No se refería, claro está, a la memoria instintiva y necesaria, esa que nos permite alimentarnos y prever los peligros, sino a la memoria ociosa, estéril, *deportiva*, palabra esta última que en su boca adquiriría un tono exquisitamente desdeñoso. La así llamada buena memoria, o incluso *memoria de elefante*, era para Borges una suerte de músculo hipertrófico, efectivamente elefantiásico, consecuencia de haber sido entrenado desde la más temprana edad, también por los humanos como especie. Esto último quedaba demostrado por las pinturas rupestres, con las que el homo sapiens habría intentado poner freno a un crecimiento que ya por aquel entonces resultaba alarmante, aunque sin ningún éxito.

–Fíjese qué paradoja, Doctor. Esos hombres se pusieron a pintar con el objetivo de olvidar todas esas imágenes que ya pesaban demasiado en sus cabezas, y hoy los recordamos justamente por sus pinturas.

–Nunca había pensado en aquellos dibujos de esta manera...

–Aquellos dibujos eran una forma figurativa del olvido. ¿Por qué cree usted que elegían pintarlos en los fondos de las cavernas, donde nadie podía verlos? Porque no eran obras, sino conjuros.

Lo mismo le cabía a la escritura, el segundo y más ambicioso intento que según Borges había hecho el hombre por paliar los efectos nocivos de la memoria, aunque de nuevo en vano. Volcar en el papiro, “como en un vaciadero de basura”, todo lo que uno

ya no quiere almacenar en el recuerdo, incluidos ahora conceptos abstractos y por ende reacios a la representación pictórica, se reveló a la larga como otra idea inviable y aun contraproducente. “Lo terminaron utilizando los olvidadizos, a fin de suplir eso que los memoriosos persiguieron infructuosamente truncarse”. Todo esto Borges lo deducía de sus propias fantasías de niñez, cuando escribía las ideas circulares que no lo dejaban dormir o las palabras raras que prefería no haber aprendido. En algún momento también él entendió que el método no funcionaba, pero entonces ya era tarde, las iteraciones temáticas y el vocabulario extravagante se habían convertido de forma irreversible en eso que otros llamarían luego su estilo.

–Si por algún milagro secreto me fuera concedido un año más de vida, me iría al Brasil, más específicamente a Bagé, y redactaría allí una historia del olvido.

–Una historia del olvido... ¿eso no es una contradicción?

–En efecto. Pero antes es una contradicción respecto a la certeza de que los milagros no existen.

Más de una vez encontré a Borges estudiando sistemas de mnemotécnica, sobre todo los que se desarrollaron en el Renacimiento, que según él habían contribuido imperdonablemente a dar por tierra con todos los avances del Medioevo en materia de amnesia. Borges estaba convencido de que, si había un método para recordar, en su reverso debía ocultarse uno para olvidar, y hasta cabía la posibilidad de que algo en los sistemas mismos fallara, es decir que pudiera ser un éxito en su aplicación invertida, como quedaba demostrado por el hecho inobjetable de que sus autores habían caído en el olvido y ya nadie se valía de sus técnicas. Con ese mismo afán releía una y otra vez los escritos de Freud, cuyo psicoanálisis consideraba el último procedimiento de evocación sistemática inventado por el hombre. Si había una forma de desentrañar los lapsus de lenguaje y las sustituciones oníricas, también debía haber un método para inducirlos y así

favorecer la represión mnemónica, tal su tesis. De más está aclarar que le parecía aberrante eso de sacar a la luz lo que la mente había logrado despistar por los vericuetos de la inconsciencia y llamarlo, para colmo de cinismos, curación.

–¿Y qué opina de estos nuevos aparatos, las computadoras? –le pregunté alguna vez.

–Es otro intento por delegar recuerdos, y como tal creo que hay que valorarlo. Cuentan, por lo demás, con el venturoso antecedente de las calculadoras, que ciertamente lograron aliviarnos de la tediosa tarea de tener que memorizar tablas numéricas y complejas ecuaciones.

–Nunca escuché una ponderación que sonara más escéptica.

–Soy una persona anciana, Doctor. Si siguiera condescendiendo al optimismo, qué les quedaría a los jóvenes en su necesario, prefijado camino hacia la frustración.

Como todo escéptico que llega a viejo, es decir que no se animó a condescender al suicidio, Borges sentía cierta nostalgia por el mundo que ya no alcanzaría a ver. Especial interés parecían despertarle los avances en el campo de la genética, en ese momento supuse que por deferencia hacia mí, pues era mi objeto de estudio, pero cualquiera familiarizado con su obra sabe que el de la identidad es un problema que lo ocupó toda su vida. Fue casualmente en su presencia, durante alguna de las pausas que obligaba el tratamiento, que leí el célebre artículo en el que Jeffreys y compañía anunciaron el descubrimiento de la “huella digital genética” o ADN (*Nature*, marzo de 1985). Me acuerdo de habérselo comentado a Borges, más que nada porque era importante mantenerlo despierto, y que él no solo me escuchase con atención, sino que me hiciera varias preguntas sobre las “aplicaciones forenses” de este “poderoso método para tests de paternidad y maternidad”, como le leí que se predecía en la conclusión, la única parte entendible para los legos. Tras explicarle los pormenores de la primicia lo mejor que pude, Borges contuvo la respiración varios segundos, los

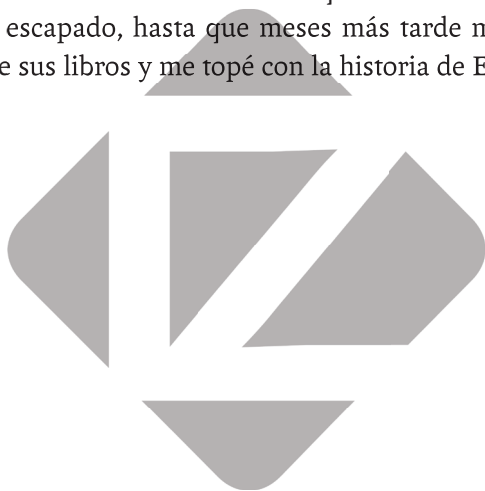
suficientes como para asustarme, y lanzando un profundo suspiro sentenció:

–Malas noticias para el hijo de Emma.

–¿Para quién?

–Nadie, olvídense.

Si transcribí otros diálogos que mantuve con Borges, o me distraje refiriendo sus teorías, fue para destacar la intrascendencia de este, que murió ahí, sin ningún dictamen adosado ni sentencia que lo hiciera memorable. Mismo el nombre al que hizo referencia Borges se me había escapado, hasta que meses más tarde mi mujer me regaló uno de sus libros y me topé con la historia de Emma Zunz.



EMMA – 1922 –

Aunque habían sido para Emma meses de muchas decisiones, cada una que debía tomar volvía a resultarle tan difícil como la primera, incluida ahora la de elegir un nombre para su hijo, tarea sencilla y hasta lúdica, casi una recompensa por todas las precedentes. La práctica que había adquirido pese a su corta edad (en abril había cumplido 19 años) no parecía haberla endurecido, sino más bien acobardado. Con cada nuevo giro que le imprimía a su vida, aun el más sutil, Emma sentía que se renovaban los anteriores, aunque sin la posibilidad de corregirlos, solo la de volver a equivocarse.

Lo primero que tuvo que decidir, si es que puede establecerse un principio en una serie que siempre empezó antes, si es que el verdadero eslabón perdido de toda cadena no es precisamente el punto improbable que el recuerdo, o alguna forma aún más arbitraria de ordenar el pasado, ponen en ese lugar de origen; primero tuvo Emma, o la señora de Gualdi, como se hizo llamar aun desde antes de casarse, no tanto por ocultar su verdadero apellido, Zunz, que solo podía resultarle familiar a unos pocos y muy atentos lectores de la sección policiales del diario, como por no dejar dudas acerca de su estado civil; antes que ninguna otra, Emma tomó la decisión de tenerlo, a ese bebé aún sin nombre, o con dos nombres excluyentes, que ahora estaba a punto de dar a luz. Se había mudado de barrio y de trabajo casi sin equipaje, dramatizando las circunstancias del traslado para multiplicar la distancia y con ella las chances de un olvido rápido y perfecto, un auténtico renacer, pero solo para descubrir al poco tiempo que se había llevado en el vientre el

recuerdo involuntario –según su almanaque, incluso contrafáctico– de esa prehistoria no querida.

Demoró el descubrimiento del polizón intrauterino –descubrimiento que de todos modos suele ser gradual, como si también la mente necesitara un período de gestación– la confianza ciega que Emma tenía en la regularidad de su período. Si había asumido el riesgo de apurar su plan era porque conocía con exactitud el ciclo de sus días y sabía que un 16, ya con la regla anunciándose en la turgencia de los pechos y en la presión sobre los ovarios, las posibilidades de quedar embarazada eran prácticamente nulas. Esperar uno o dos días más hubiera sido una prudencia que juzgó excesiva, ya de nuevo imprudente, pues el sangrado podía iniciarse de un momento para el otro y qué marinero habría deseado entonces acostarse con ella, para colmo pagando.

Su reacción inmediata, cuando ya no pudo seguir dudando de que estaba encinta, cosa que recién ocurrió el día de su cumpleaños, a dos meses y medio de la violación voluntaria a la que se había sometido en las inmediaciones del puerto; su demorada reacción instantánea, como quien no acierta a resolver un rompecabezas y concluye que debe haber un error en el modelo original, fue pelearse con el calendario. No el calendario por el que se rige el mundo, o buena parte de él, aunque lo cierto es que ese también falla, y con mayor margen que el que se les hace creer a sus usuarios; no el calendario gregoriano, sino el estampado en tela que cada primero de año les regalaban en la fábrica textil donde trabajaba Emma. Seguramente llevaba mal impresas las fechas o los días de la semana, como de hecho había ocurrido alguna otra vez, aunque en este caso Emma no pudiera comprobarlo, ya que al de 1922 lo había tirado junto a casi todo lo que pertenecía a su vida anterior. A esta confusión, basada en la falsa guía, debió haberse agregado el insomnio que le produjo la noticia de la muerte de su padre, que había revolucionado su noción del tiempo al punto de quizá hacerle contar algún día como si fueran dos, o viceversa.

Esa carta fatídica desde Brasil pudo incluso haber influido en sus procesos hormonales, induciéndola a interpretar los cambios en su cuerpo como parte del sangriento y rutinario ciclo de la vida, cuando en rigor respondían a la conmoción por el deceso aséptico e inesperado.

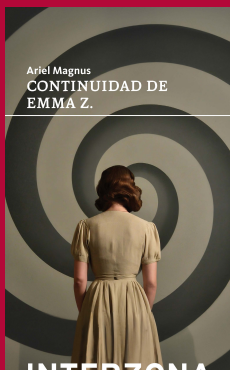
Emma igual se adjudicaba, pese a estos pretextos, o razones valederas tal vez, la principal culpa de su embarazo, de ahí que optara por no interrumpirlo. Es cierto que tampoco hubiese sabido cómo hacerlo, ni siquiera dónde asesorarse, porque, así como desconocía casi todo acerca de la intimidad con los hombres, igual de ajena se mantenía a sus secuelas, o a su remedio ilegal. En su elección no primó, con todo, la ignorancia o la desidia, mucho menos la fe, sino la culpa, sentimiento que nunca podrá mentarse en exceso a la hora de graficar su poder sobre Emma. Haber matado a un hombre, por más que se tratara de un hombre malo, incluso el peor de todos ellos, pues había forzado a su padre al exilio y en última instancia a la muerte; haber eliminado a un ser humano generaba la obligación moral de producir otro, o en todo caso de no oponerse a su advenimiento, por más que este nuevo ser proviniera de un padre desconocido, acaso no menos despreciable que el asesinado Loewenthal. Para no pensar a su futuro hijo en estos términos tan fríamente compensatorios, Emma prefirió desde el principio la fantasía, acaso ya demasiado acogedora, de que se lo había regalado su propio padre.

Luego de que acabaran los trámites con la justicia, que la absolvió de su crimen casi sin proceso, lo que en la visión de la absuelta, o de la impune, confirmaba que la justicia existe, profundamente existe; salvada entonces la justicia de los hombres, que por una vez había fallado en favor de la otra, la de Dios, y descartada la opción de recluirse en un convento, en parte por ser judía, y en parte también por las malas experiencias que ya había hecho de chica en el internado donde la había dejado su padre antes de fugarse a Brasil; libre ya, Emma huyó del barrio y se instaló en las afueras, donde

¿Te gusta el libro que empezaste a leer?
¿Querés saber cómo sigue?

Conseguilo en interzonaeditora.com
y en las mejores librerías.

¡Gracias por leer!



COMPRAR LIBRO

interZona es una editorial literaria independiente fundada en Buenos Aires en 2002 que se ha convertido en uno de los espacios de publicación más innovadores y reconocidos de Latinoamérica por la diversidad de autores y de títulos que publica.

En **interZona** verán reunidos a escritores noveles con otros ya consagrados; a los de habla hispana con los de otras lenguas; a los poetas con los ensayistas, los dramaturgos y los novelistas; en suma, a todos aquellos que hacen posible una conversación de voces múltiples, desprejuiciada, vivaz, arriesgada, pero siempre orientada por el estilo y la marca de calidad con la que intentamos perfilar nuestra línea editorial.

INTERZONA